

LA IGLESIA CATÓLICA EN CUBA EN LA AURORA DEL TERCER MILENIO

***"Time present and time past
are both perhaps present in time future
and time future contained in time past"***

*("El tiempo presente y el tiempo pasado
quizás están presentes ambos en el tiempo futuro
y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado")*

Thomas S. Eliot, "**Burnt Norton**"

INTRODUCCIÓN

1.- En el marco del inicio del siglo y del milenio, de clausura de un memorable Año Jubilar, a los tres años de la visita pastoral de S. S. Juan Pablo II a Cuba y a los quince años del Encuentro Nacional Eclesial que trazó nuevos rumbos a la Iglesia en Cuba, no suficientemente asimilados todavía; cuarenta y dos años después de la instauración en Cuba del actual Gobierno que mantiene su carácter de socialista y de marxista y un año antes del centenario del inicio de nuestro primer gobierno republicano, a la sombra luminosa de ese espléndido texto magisterial que es NOVO MILLENNIO INEUNTE, de S.S. Juan Pablo II, sin dejar de lado su Exhortación Post-Sinodal ECCLESIA IN AMERICA: en estas precisas coordenadas, se me pide que converse y reflexione con Uds. acerca de nuestro País y de la Iglesia que está presente en él, con sus luces y sus sombras, con sus logros y malogros, aventuras, venturas y desventuras, desde hace cinco siglos, sin dejar de referirme a sus proyecciones de futuro. Lo hago con el propósito de que nuestra reflexión nos ayude en la reunión que hoy comenzamos y que debería marcar, en uno u otro sentido, la implementación del Plan Global de Pastoral, elaborado por nuestros Obispos para estimular y orientar la acción evangelizadora de la Iglesia en los próximos cinco años.

2.- Les aseguro, sin embargo, ya desde el inicio de nuestro palique y de nuestra reflexión, que carezco de bola de cristal en la que pueda entrever el arcano; no leo cartas de predicción e ignoro la práctica de los sistemas adivinatorios afrocubanos, dependientes de ciertos tiros de caracoles muy especiales. Los versos de Thomas S. Eliot, que mencioné al inicio de este encuentro, pueden, empero, aportarnos algunas claves: el tiempo futuro, quizás, ya está contenido en el tiempo pasado y *a fortiori* en el tiempo presente. Y éstos, el pasado y el presente, creo conocerlos suficientemente bien. Uds. también los conocen. Algunos – y Dios quiera que sea así – mejor que yo y, en todo caso, para ninguno de Uds. el tema es un *vacuum* de informaciones. Todos sabemos algo sobre lo que han sido esta Isla y sus gentes; todos tenemos sus imágenes, más o menos objetivas y corolario de esta exposición debería ser el intercambio enriquecedor. Para Uds. y para mí. Por lo tanto, ahora de lo que se trata es de ofrecer mis puntos de vista y, si a Uds. les place, después intercambiamos y todos saldremos ganando. Con respecto al pasado, les aseguro que no lo contemplo con la sola curiosidad de una cierta erudición; ni lo encierro en la admiración acrítica y nostálgica que me aislaría de la

comprensión del presente y de la prospección del futuro. Trato de que sea una contemplación dinámica, es decir, que me facilite lecturas confrontadas de la realidad que me ayuden como trampolín hacia el futuro incierto; que me den lecciones de vida y de sabiduría plenamente humana, es decir, cristiana. Con respecto al “cómo” del futuro, haremos apuestas que solamente el tiempo podrá definir. Nada sabemos con certeza acerca del futuro de mi pueblo; elaboramos hipótesis, más o menos bien sustentadas, que a veces se reducen a buenos deseos, pero de algo estamos seguros: de que en Cuba, todo o casi todo es posible, pues en esta Isla la realidad siempre supera la imaginación. Ahora bien, del pasado extraemos, entre otras cosas, la convicción de la mutabilidad de las condiciones existenciales y de la posible y hasta necesaria adaptación, por parte de la Iglesia, en el marco englobante de la fidelidad al Señor, de todo lo que sea adaptable. O sea, mirando el rostro de Dios que se nos revela en Jesucristo, y sin quebras en los contenidos de la Fe y de la adhesión a la Iglesia, a la hora de planificar pastoralmente, de elaborar estrategias evangelizadoras, de dialogar con realidades plurales y de inculturar la fe cristiana en una situación concreta, nos esforzamos por poseer ideas claras acerca de lo que es negociable y de lo que no lo es. No puede resultar idéntica una estrategia pastoral del siglo XVIII a una del siglo XXI; ni una estrategia pastoral para Estocolmo a una para La Habana. Sin embargo, la Iglesia es idéntica en su esencia, como idéntico es Jesucristo - Camino, Verdad y Vida -, idéntico Su Espíritu, que nos conduce, e idéntico el Padre a cuya plenitud queremos encaminarnos. A esto nos llama muy explícitamente el Santo Padre en NOVO MILLENNIO INEUNTE, sobre todo en la Tercera Parte, “Caminar desde Cristo”, y en la Cuarta, “Testigos del Amor”. A esto nos llaman también nuestros Obispos en el Plan Global de acción evangelizadora para los próximos cinco años, que estamos comenzando a implementar en los distintos niveles y sectores de nuestra Iglesia local de San Cristóbal de La Habana.

3.- También de entrada es conveniente recordar que el tiempo de la Iglesia es como un arco que se tensa entre la eternidad trascendente de Dios y la inmanente historicidad humana. Existir en el tiempo de Dios, si es que me permiten utilizar ésta expresión como teológica y filosóficamente válida, es decir, en la dimensión de eternidad, equivale a no mensurar las realidades sólo por el discurrir del tiempo. *“Numerus motus secundum prius et posterius”*, definían el tiempo los antiguos; lo que podríamos traducir como: “El orden del movimiento según lo que existe antes y lo que existe después”. Mientras que la eternidad era definida no sólo como interminabilidad, sino como *“Interminabilis vitae tota simul ac perfecta possessio”*, lo que podríamos traducir como “Posesión totalmente simultánea y perfecta de vida interminable”. La Iglesia existe y se mueve en ambas dimensiones del ser. No puede dejarse apresar por la inmediatez, ni por la mensurabilidad del tiempo, porque sabe que existe desde la eternidad de Dios Trino y Uno y hacia ella se encamina; pero tampoco puede ignorar la temporalidad, que es exigencia de la economía de la Encarnación. Cuando planificamos la acción evangelizadora de la Iglesia, es importante, pues, tener ante los ojos esta verdad de la Iglesia y existir y razonar a la luz de la misma. De esta verdad de la Iglesia se deriva su perdurabilidad hasta el final de los tiempos y su tránsito, en condiciones diversas, no temporales, a la plenitud escatológica. Las realidades temporales que existieron en los tiempos de Jesucristo y en la era apostólica, ya no existen; sólo la Iglesia. Lo mismo podríamos decir de realidades posteriores en el tiempo. Si eran valiosas, son piezas de museo y se ensalzan en los libros de Historia. Y nada más. La Iglesia, debido a su verdad, sigue siendo un organismo vivo, cambiante de ropaje, pero idéntico en su esencia. De las realidades de nuestra Isla, cuando ésta sale de la nebulosidad de su Prehistoria e ingresa en la Historia, hace poco más de cinco siglos, la única que continúa siendo un organismo vivo es la Iglesia Católica. Y lo mismo sucederá dentro de quinientos años, cuando las realidades temporales de hoy ya no existan y se recuerden solamente en los museos y en los libros que

consultan los especialistas. Los católicos de entonces, en no sé qué edificio de nuestra ciudad, estarán de nuevo hablando de estrategias pastorales, de Fe, de Esperanza y de Caridad; de compromiso con la Verdad, de espíritu de servicio a nuestro pueblo en el orden de la Evangelización y de las necesidades que experimente entonces, etc. Como hablamos hoy y ya vienen hablando nuestros antecesores en la existencia eclesial desde hace veinte siglos.

4.- Los agentes de pastoral deben vivir y actuar sabiendo esto, no aprisionados por los éxitos o por las frustraciones de la inmediatez, sino con la mirada larga y, al mismo tiempo, humilde que nace de la contemplación de la Eternidad de Dios, que nos ha sido dada a conocer no por mérito nuestro, sino gratuitamente, como don. También los que no simpatizan con la Iglesia y llegan a hostilizar su existencia, deberían recordarlo de vez en cuando, antes de juzgar y planificar sus acciones con relación a la Fe y a la Iglesia. Nerón, Decio, Vespasiano y tantos otros, con sus persecuciones violentas, pensaron acabar con la Iglesia en la Antigüedad; pensaban que era peligrosa para sus realidades temporales y, al tratar de aniquilarla, lo que lograron fue precisamente aniquilarse ellos mismos y aniquilar tales realidades temporales. En tiempos más cercanos, los revolucionarios franceses instalaron la estatua de la Razón en la Catedral de París, para significar que la Ilustración, tal cual ellos la entendían, era el sepulcro de la Fe y de la Iglesia y, para acelerar su fin, no dudaron en emplear la guillotina; Napoleón quiso domeñara la Iglesia, lo que equivalía desnaturalizarla, y se llevó al Papa de entonces fuera de Roma, para expresar con su gesto que él y su concepción imperial estaban por encima de lo que el Papa significaba; Hitler hizo lo indecible para manipular tanto a católicos como a luteranos en Alemania y pensó muy seriamente en llevar a Pío XII en cautiverio a este País, afortunadamente no llegó a tanto; Mussolini tampoco logró sus propósitos ni con Pío XI, ni con Pío XII; Lenin, Stalin y sus colegas y sucesores estuvieron convencidos del fin de la religiosidad en los territorios que integraban la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, considerándola como un fenómeno residual del viejo orden superado por la Revolución de Octubre, y la combatieron ambos, literalmente, a sangre y fuego. Los testimonios de las mismas instituciones policíacas e ideológicas soviéticas, hoy abiertos y en gran medida publicados, arrojan cifras más altas de víctimas que las ofrecidas hace cuarenta o cincuenta años por las publicaciones occidentales, cifras que entonces considerábamos exageradas. Además, ¿Quién de mi generación no recuerda los artículos de “Nauka i religia” (“Ciencia y Religión”) y los catálogos de los “museos de ateísmo” de la ya fenecida Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas? ¿Qué pensarían ellos, Lenin y Stalin, hoy, de la vitalidad inaudita de la Iglesia Ortodoxa Rusa, del renacimiento de la Iglesia Católica en su País y del nacimiento de confesiones religiosas que ni siquiera existían en el ámbito soviético cuando ellos existían? Menciono de paso el caso de Mao y su Revolución Cultural, en la República Popular China, que hoy todos los chinos quisieran borrar de su memoria, de las atrocidades del Gobierno del Khmer Rojo en Camboya y de los campos de “re-educación” en Viet Nam; se trata de tres países de exiguas pero significativa minorías cristianas, y de una proporción muy mayoritaria de formas orientales de religiosidad. ¿No habría sido más sensato para todas las personalidades e instituciones recordadas, de derecha y de izquierda, de la antigüedad y de la modernidad, reconocer lo que significaban: la Fe, para todos los creyentes, y, además, la Iglesia para los cristianos, y en qué ámbito se movían sus existencias, para aprender a convivir de manera satisfactoria y coherente con todos ellos? ¿No habría evitado esto una buena cantidad de desastrosos y de catástrofes en la Historia de nuestro mundo?

5.- De entrada, pues, lo que nos estamos preguntando, de acuerdo con la Verdad de la Iglesia y las orientaciones del Magisterio universal y local, es: ¿cómo es y dónde está la Iglesia Católica en Cuba, qué la tipifica, sin dejar de ser la misma Iglesia Católica, cuáles son sus posibilidades

actuales, cuáles sus proyectos evangelizadores, más o menos utópicos, siempre relativos a su presencia en el seno de nuestra sociedad cubana, tal cual ella es, en las coordenadas históricas y magisteriales que mencioné al inicio?

6.- Al intentar responder a estas preguntas, caminamos por una tierra de debate libre, de diferentes puntos de vista. Para intercambiarlos y lograr los consensos posibles estamos aquí, sabiendo, sin embargo, que el consenso universal sobre todo lo que vayamos a contemplar es prácticamente inalcanzable. Pero para decidir lo más conveniente, habiendo escuchado nuestras opiniones, está el Arzobispo. Ese es su carisma en la Iglesia local: gobernar pastoralmente, al servicio de la unidad en la Fe y en el ejercicio de la misma en la acción evangelizadora. Nuestro carisma es el saber unir las manos y los corazones y las mentes en la vida comunitaria eclesial, lo que incluye, evidentemente, la acción evangelizadora participativa y "de conjunto". En este proceso eclesial cabe y es recomendable la crítica desde la fraternidad evangélica, pero no caben ni la acidez, ni la autoexclusión de la acción comunitaria, ni – mucho menos – la actitud del francotirador, todas ellas formas sutiles de egoísmo y de soberbia, contra las que no existe otra vacuna que el cultivo de la humildad que nace de la auténtica espiritualidad cristiana.

7.- Dicho esto, destaco que el estilo concreto de presencia de la Iglesia Católica en la sociedad, en Cuba y en cualquier parte, depende de un pluralismo amplio de análisis teológico, histórico y social, que evidentemente demanda un nivel muy alto de comunicación fraterna y de tolerancia recíproca en el interior de la Iglesia local. A esta clarificación, añado una breve introducción sobre la "semántica eclesiológica" que sustenta mi visión, el ángulo desde el que trato de elaborarla y, una y otra vez, de revisarla y, si lo estimo conveniente, corregirla. Con frecuencia, cuando alguien habla sobre estos temas, usa la expresión "papel de la Iglesia Católica". En realidad, a mí no me gusta utilizar la palabra "papel" cuando me refiero al estilo de presencia de la Iglesia en la sociedad. Prefiero las palabras "tarea", "misión", "responsabilidad", "estilo de presencia". La palabra "papel" trae a mi entendimiento el mundo del teatro, de las máscaras y de los disfraces, no el mundo de la realidad. Además, un "papel" es algo que se elige y se cambia: es posible representar esta noche el papel de Hamlet y, una semana después, el de Don Juan, Segismundo, Edipo o Fausto. La elección depende del actor y de sus preferencias y habilidades para asumir tales personajes en la escena. El mundo de la Iglesia es, por el contrario, el mundo de la realidad y su existencia visible sobre la Tierra no depende esencialmente de la voluntad humana y, por consiguiente, no cambia: *"...porque no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve, ya que las cosas que se ven son pasajeras, pero las que no se ven son eternas"* (II Cor.4, 18). Accidentalmente, los hechos cambian, las opiniones cambian, las diversas formas de la espiritualidad cristiana y ciertas actividades evangelizadoras cambian y las vocaciones son diversas, lo cual es normal. Estos cambios y el pluralismo de las vocaciones dependen de la dinámica de la vida personal y de la historia humana en la que la Iglesia está encarnada. Dentro de este marco óptico, es posible afirmar que la Iglesia cambia en algunos aspectos, sin que cambie su verdad más honda, su verdad sustancial. Porque no deberíamos dejar de tener presente que lo más importante en la vida de la Iglesia, el centro de su vida, referido al *"mysterium communionis"*, no es visible, no es de este mundo, nace de la Trinidad de Dios y a ella nos conduce.

8.- Conectándonos con una observación anterior (cf. supra nn. 3 y 4), la "tarea", "misión", "responsabilidad" o "estilo de presencia" de la Iglesia, antes, ahora y después; en Cuba y en cualquier parte, vienen dados por Jesucristo el Señor y están animados por la presencia del Espíritu de Dios, que conduce a la Iglesia hacia la plenitud de Vida y de Amor del Padre. Esta es

la irrenunciable esencia y la referencia trinitaria de la Iglesia Católica. Así se autocomprende la Iglesia Católica. Esta es la más profunda y la más fuerte convicción-consciente o no- de un creyente cristiano. Todo lo que la Iglesia asume, acertada o desacertadamente, social o históricamente exitoso o no, depende, en principio, de la conciencia que la Iglesia tiene acerca de su verdad, es decir, de su referencia trinitaria, y de su obediencia a la palabra de Dios: *"Id, pues, a las gentes de todas las naciones, y hacedlas mis discípulos; bautizadlas en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadlas a obedecer todo lo que os he mandado a Vosotros. Por mi parte, yo estaré con Vosotros todos los días, hasta el fin del mundo"* (Mat. 28, 19-20). Con estas precisiones y reflexiones en el entendimiento y en el corazón y en el poso del alma, empecemos a contemplar a nuestra Iglesia Católica en Cuba.

CARACTERÍSTICAS PARTICULARES DE LA IGLESIA CATÓLICA EN CUBA QUE SE HAN IDO PRECISANDO AL COMPÁS DE LA HISTORIA. LUCES Y SOMBRAS. LOGROS Y MALOGROS. AVENTURAS, VENTURAS Y DESVENTURAS.

9.- Debemos recordar que a pesar de ser un país latinoamericano. Cuba no es una nación típicamente latinoamericana en lo que a historia, composición social, cultura y religiosidad se refiere. No es una nación totalmente ajena a la identidad latinoamericana, pero ni la posee, ni la asume íntegramente. A pesar de estar geográficamente situada entre América del Norte, América del Sur y América Central, entre el Golfo de México y el Mar Caribe y, por ende, ser geográficamente un país caribeño, Cuba tampoco es una nación típicamente caribeña. No es totalmente ajena a la identidad caribeña, pero ni la posee, ni la asume íntegramente.

10.- ¿Cuáles son mis razones para tales afirmaciones o, mejor, proposiciones? Según mi criterio, nacen de los avatares de nuestra Historia y de nuestra composición etnográfica o social, lo cual equivale a decir, de nuestra cultura y de nuestra religiosidad, que no se identifica con la cultura, pero que se asienta o encarna en ella y, por ende, ambas se condicionan recíprocamente. Resumiendo:

-a) En la Isla no había una civilización aborígen desarrollada cuando llegaron a sus costas nuestros antepasados españoles, a finales del siglo XV, como sí fue el caso, p. e., de México, América Central, Ecuador, Bolivia y Perú. Además, nuestros aborígenes, sencillos como eran, no fueron numerosos. La mayoría de ellos murió muy pronto, a causa de las nuevas condiciones de vida y de trabajo impuestas por el régimen colonizador español y como consecuencia de las enfermedades europeas, nuevas para los aborígenes, traídas a América por los colonizadores, para las que los aborígenes no contaban con los anticuerpos necesarios para defenderse de tales virus y bacterias. Los sobrevivientes se mezclaron de tal manera con los españoles y los negros africanos, que empezaron a llegar a Cuba desde los inicios de la colonización, que ya a fines del siglo XVIII, resultaba muy difícil encontrar grupos de aborígenes puros en la Isla. Los había en la zona de Jiguaní, en algunos parajes recónditos de la Sierra Maestra y en las afueras de La Habana - en Guanabacoa -, pero lo que se percibía ya entonces con relación a los antepasados aborígenes, y se percibe aún hoy, sobre todo en la región más oriental de la Isla, son rasgos que revelan antepasados indígenas en personas que, evidentemente, son mestizas de variados ingredientes.

-b) Hasta el siglo XVIII, Cuba fue solamente un puente de tránsito, una factoría de segundo orden entre Europa y el recientemente descubierto, conquistado y colonizado continente. Los españoles no encontraron oro y plata abundantes en la Isla y, durante los primeros siglos de colonización,

estos metales constituyeron el interés primordial del Imperio Español en América. En la Isla encontraron cobre, madera, puertos amplios y bien protegidos en la mejor intersección geográfica para los propósitos de la Corona, así como la posibilidad de la pesca y de criar ganado. Por supuesto, éstas y otras fueron suficientes razones para mantener la Isla dentro de las fronteras del Imperio, pero durante los siglos XVI y XVII la Corona española no puso demasiado empeño en desarrollar aquí la Iglesia Católica, las instituciones sociales y las instituciones culturales con el mismo nivel con el que sí las promovió en el Continente.

-c) En el siglo XVIII, a causa del interés creciente por la agricultura en el Imperio Español y, en el caso de Cuba, a causa del interés particular por la caña de azúcar, el tabaco y el café, que en la Isla crecían muy bien, la situación cambió radicalmente. El interés aumentó también a causa de la apetencia del Imperio Británico por la Isla. En la segunda mitad del siglo, Cuba ya tuvo nuevas instituciones sumamente positivas para el desarrollo integral, como, p. e., la Universidad Pontificia de La Habana, la Sociedad Económica de Amigos del País- "la mejor hija de la Ilustración en Cuba", como fue calificada por Don Fernando Ortiz-, el Papel Periódico, imprentas, etc. Cuba fue también testigo del número creciente, de la renovación y de la promoción social de instituciones y organizaciones ya existentes, como algunos hospitales y escuelas y de los dos seminarios del país, que llegarían a ser lugares decisivos para la evolución ulterior: los Reales y Conciliares Seminarios de "San Carlos y San Ambrosio", en La Habana, y de "San Basilio Magno", en Santiago de Cuba. Fue erigida la Diócesis de La Habana y aumentaron rápidamente el número y las condiciones humanas verificables de los sacerdotes y de las religiosas en el País. A fines del siglo XVIII, La Habana ya era la tercera ciudad "española" del continente americano, después de México y de Lima, cuando New York comenzaba a dejar de ser una aldea portuaria.

-d) La consecuencia inmediata y negativa de la expansión de la agricultura en Cuba fue la enorme y paralela expansión de la esclavitud, desde los últimos años del siglo XVIII hasta casi el final del siglo XIX, ya que la esclavitud fue abolida muy tardíamente en Cuba, en 1886. Aunque la trata de negros africanos había sido oficialmente suprimida en 1817, a causa de presiones inglesas, de hecho continuó realizándose de manera clandestina, muy lucrativa por cierto, con la complicidad frecuente de las mismas autoridades coloniales, comprometidas en principio con la supresión. La esclavitud de los negros africanos se sitúa en la raíz de muchos de los problemas sociales y religiosos, pasados y presentes, en Cuba. Sin embargo, yo sostengo la opinión discutida de que, simultáneamente, el hecho de haber importado negros de África a Cuba ha sido un enriquecimiento cultural y, probablemente, también biológico para nuestro País. Condeno la raíz de la presencia negra, o sea, la esclavitud; deploro los problemas que ésta arrastró (la esclavitud, no la negritud), muchos de los cuales siguen estando vigentes como problemas sin solución totalmente satisfactoria; pero me alegra la presencia negra y mestiza, abundante hoy. Además, independientemente de tal criterio, permaneciendo en el terreno factual, gústenos o no, si existe una palabra que podría definir y establecer la identidad cubana contemporánea, esa palabra es "mestizaje" y mestizaje creciente. Y cuando digo "mestizaje" no pienso solamente en los mulatos y mulatas, hijos de parejas mixtas; pienso principalmente en el mestizaje cultural, que se manifiesta de diversos modos: música, lenguaje, religión, cocina, estilo de vida, escala de valores, etc. Cuba es un cocido dinámico en el que se cuecen ingredientes de muy diversas fuentes: europeas-fundamentalmente españolas-, africanas, americanas, chinas, judías, etc. Nosotros, el pueblo cubano-blancos, mulatos y negros-, compartimos este mestizaje cultural, nunca acabado, en evolución constante y abierta. Insisto en que este proceso dinámico de "mestizaje evolutivo", consecuencia de la transculturación, influye también en la religiosidad, ayer y hoy. Y, ciertamente, a niveles muy profundos. Los problemas pastorales que esta situación

plantea nunca han sido convenientemente resueltos en Cuba; ni en el momento de la primera evangelización de los negros africanos recién llegados, ni en la posterior evolución religiosa de una buena parte de sus descendientes. Ellos dieron origen al fenómeno del sincretismo religioso entre el catolicismo español y las diversas religiones africanas, paganas, que profesaban en África los negros importados. El fenómeno del sincretismo nace por razones múltiples, entre las que destaco la deficiente evangelización, la obligatoriedad de asumir el catolicismo, el escape de la simulación y las complejas razones de la reafirmación de la propia identidad racial y cultural. El sincretismo influye hoy, por contagio y motivaciones sociopolíticas, en una buena parte de la población cubana, tenga o no origen africano. Y aunque no todo es negativo en los grupos sincréticos, no me caben dudas de que tal y como se presenta contemporáneamente en Cuba, dicho movimiento religioso y, sobre todo, la realidad hacia la que, al parecer, algunos conductores de la sociedad quieren arrastrarlo, constituye un manifestación de reduccionismo religioso que se está orientando en dirección a una religiosidad muy difusa, a la pura magia y al animismo, cuando no al mero folklore, manipulable como simple fenómeno cultural, a veces pseudo artístico, con involuciones éticas sumamente riesgosas en el ámbito social. Ninguna de estas realidades debería sernos indiferente.

-e) Cuba-con Puerto Rico-fue el último país iberoamericano que se emancipó políticamente de España. Esta afirmación no se limita a ser una mera constatación cronológica, sino que, en realidad, significa: -1) que Cuba vivió el siglo XIX, el siglo en que se decidió su identidad, que fue el siglo de la implantación de la "modernidad", bajo la influencia cultural ajustada de España y bajo el control político-por no decir militar-de España; fue la única Nación del continente americano que tuvo esta experiencia, ya que las demás se independizaron tempranamente; -2) que la Iglesia Católica en Cuba padeció, como la de España, las oleadas anticlericales y antirreligiosas nacidas y desarrolladas en el marco del pensamiento liberal europeo, en su versión española; así como la resaca opuesta, o sea, los afanes de manipulación, exitosa o no, de la religiosidad católica por parte de los gobiernos conservadores o de "restauración"; -3) que las luchas y guerras por la independencia política de Cuba duraron casi un siglo más que en el continente, lo que contribuyó a la expansión de una ideología política profundamente nacionalista y, al mismo tiempo, a la formación de una conciencia, lúcida y diáfana, de una peculiar identidad, iberoamericana, sí, pero abierta a otros patrones más universales, de diversa estirpe; -4) "last but not least", que Cuba desarrolló relaciones muy especiales con los Estados Unidos de Norteamérica, debido a la proximidad geográfica y a la evolución de la realidad cubana en el siglo XIX, o sea, desde el momento no muy preciso, en el último cuarto del siglo XVIII, en el que "cubano" o "criollo" empezó a significar algo distinto a "español" o "peninsular"; momento que coincidió prácticamente con la independencia política de Inglaterra de las Trece Colonias y la formación de la a partir de entonces pujante Unión Americana, independencia a la que los cubanos ayudaron de manera muy efectiva. Esta relación especial, que se prolonga hasta nuestros días, se ha caracterizado por: amor y rechazo simultáneos; comprensión mutua, incomprensiones y hasta agresividad, simultáneamente coexistentes en nuestra historia común durante estos dos últimos siglos. Y esta relación, preñada de paradojas, de algún modo afecta también la vida de la Iglesia Católica en nuestro país.

11.- Después de la emancipación de España en 1898, la Iglesia Católica inició un nuevo período en su historia, cargada con nuevos fardos y liberada de otros que había cargado antes: -a) debió cargar con el "pecado" de su situación anterior, durante el período colonial español; bajo la "Ley del Patronato Regio", los cubanos se habían habituado a contemplar la institución "Iglesia Católica" como uno de los principales componentes de aquel complicado y contradictorio marco

sociopolítico, lo cual generaba habitualmente, tanto en Cuba como en España, frecuentes ventoleras de anticlericalismo que no equivalían necesariamente a antirreligiosidad o, mucho menos, a ateísmo; -b) los leaders de la Iglesia, clérigos y laicos- así como los políticos y los intelectuales del país- no estaban habituados a conducirse en el marco de las instituciones democráticas, con criterios y procedimientos democráticos; se vieron obligados a tratar de aprender a través de un proceso penoso y rápido y no todos lo lograron; -c) durante la primera intervención norteamericana (1898-1902), la Iglesia Católica se vio realmente estremecida por el incremento excepcional de la presencia de la Iglesia Anglicana y de Iglesias y movimientos protestantes, promovida por las autoridades militares norteamericanas. Para los norteamericanos se trataba de un asunto que, por una parte, estaba implicado en su concepción-correcta, a mi entender- de la libertad religiosa y, por otra, era un medio para reducir la influencia española, las tradiciones españolas, el peso cultural de España, y para incrementar el estilo norteamericano de vida y una cierta empatía o congenialidad con los Estados Unidos de Norteamérica, lo cual ya no me parece tan correcto, pues apuntaba a la anexión o incorporación de Cuba a los Estados Unidos de Norteamérica. El crecimiento de la presencia misionera anglicana y protestante, proveniente de Norteamérica, continuó siendo un hecho constante a lo largo de toda la primera etapa de nuestra historia republicana, o sea, hasta la instauración del poder revolucionario; - d) la Iglesia Católica se vio liberada de las manipulaciones de los gobiernos conservadores españoles y del anticlericalismo de los liberales, cada uno de ellos con su estilo, sus discernimientos políticos y su manera de tratar los asuntos, pero tuvo que manejar su presencia pastoral por sí misma, con sus propios recursos personales y económicos y no eran muy abundantes: número insuficiente de sacerdotes y de religiosas -sobre todo, de cubanos-, escaso número de laicos comprometidos y bien formados, carencia casi total de instituciones socialmente influyentes, escasez dramática de edificios eclesiásticos, ya que muchos habían sido dañados durante la Guerra de Independencia, etc.; -e) la Fe católica y la ética católica, sin embargo, estaban enraizados en la identidad cultural cubana, le eran connaturales, y, además, paradójicamente, por medio de los grupos religiosos sincréticos, el catolicismo aparecía integrado como una realidad irrenunciable, aún en los estratos más populares y marginales del pueblo cubano. Esta cercanía al pueblo, aunque se trate de un camino ambiguo, ha sido siempre uno de los apoyos y estímulos más sólidos para el trabajo pastoral de la Iglesia Católica a lo largo de su casi siempre penosa historia: durante el régimen colonial español, durante las intervenciones militares norteamericanas, durante el anterior régimen republicano más o menos democrático y durante la actual situación social y política.

12.- Hasta ahora ha sido así, pero – me pregunto - ¿lo seguirá siendo en el futuro, a mediano y largo plazo? Me hago la pregunta hoy debido a la ya mencionada estrategia (cf. supra 10-d)– a mi entender equivocada y extremadamente peligrosa desde más de un punto de vista - que percibo en algunos círculos gubernamentales, culturales y políticos, y en algunos grupos de creyentes y teóricos sincréticos. Me refiero a la estrategia que pretende lograr la separación radical entre el componente religioso-cultural de origen africano y el componente cristiano. Resulta sólo parcialmente explicable en los círculos gubernamentales, no siempre bien informados acerca de estas cuestiones y hostiles a la Iglesia Católica, a partir de la convicción de que la religiosidad africana, que se trata de reducir a folklore, no constituye una amenaza para la ideología que se trata de sembrar; es fácilmente “manejable”. El cristianismo comprometido, por el contrario, a sus ojos, resulta más “peligroso” y de ahí la conveniencia –siempre según tales criterios elaborados a partir de un análisis un tanto superficial– de disminuirle la base popular a la Iglesia Católica. Es una decisión análoga a la propugnada por el conocido “informe Rockefeller”, posterior al encuentro de los Obispos católicos en Medellín, que prácticamente determinó la

invasión de Latinoamérica por movimientos religiosos de nuevo corte evangélico, casi siempre calificados como “sectas”, palabra que evito. Esta estrategia supone, a mi entender, una carencia de análisis de la involución cultural y ética y de las consecuencias sociales que tal proceso acarrea. En Cuba, si llegare a extenderse esta tendencia relativamente reciente, implicaría una mayor dificultad para la evangelización y la educación ética de los creyentes sincréticos, tarea ya sumamente ardua, dadas las escasas posibilidades que tiene la Iglesia de acceso a la mayoría de la población que no acude a nuestros templos; educación ética que, por otra parte, tantas veces se presenta como la mejor contribución que la Iglesia ha hecho en el fortalecimiento de nuestra nacionalidad y de la eticidad propia del cubano. En todo ello hay una contradicción determinada por una táctica errónea, marcada por la inmediatez, por un ángulo de visión excesivamente corto y, por supuesto, irrespetuoso tanto de la Iglesia y como de la propia realidad cubana.

13.- En expresión que tomo al Dr. José Felipe Carneado - antiguo responsable de la Oficina de Atención a Asuntos Religiosos del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, viejo stalinista y nada sospechoso de excesivas simpatías por la Iglesia Católica, pero hombre reflexivo, culto y conocedor de nuestro “pañó” - con el que conversé en más de una ocasión al respecto, la promoción de la religiosidad africana pagana, desvinculada del catolicismo –lo que en sus tiempos era sólo una hipótesis de trabajo partidista en el ámbito de la ideología - equivaldría a “ir hacia atrás, no hacia adelante”. Las expresiones de otro viejo marxista, a quien mucho aprecié, el Dr. Carlos Rafael Rodríguez, iban en la misma línea, sólo que eran mucho más fuertes con relación a la naturaleza involutiva de las religiones sincréticas, tal cual existían en la Cuba contemporánea; las respetaba y apreciaba – hasta un cierto punto - sus componentes culturales, pero consideraba necesario purificarlas de sus atavismos, de su carga mágica, de las carencias éticas, etc. Temía su difusión “silvestre” como un grave daño social que, según él, aún en la África de hoy, que no es la de los siglos pasados, se trata de manejar con suma prudencia, en vista de los esfuerzos por la “modernización” de la mayor parte de las naciones que integran dicho continente. Por otra parte, no constituye un secreto que el actual Presidente de Nigeria, de religión protestante (creo que metodista), en su reciente visita a Cuba, recibió muy mala impresión de una ceremonia yoruba a la que lo condujeron como gesto que, suponían nuestras autoridades, él agradecería, dado que Nigeria es la cuna de la cultura yoruba. Tengo entendido, por fuentes gubernamentales, que le resultó insólito que se fomentara en Cuba, como algo religioso válido, una realidad que ellos, en Nigeria, se esfuerzan por evangelizar, no de destruir, con el propósito de desarrollar a su pueblo.

14.- La explicación del apoyo encontrado para tal estrategia, más o menos “oficial”, en algunos círculos sincréticos depende, a mi entender, cuando no del oportunismo o de la patología, de la residual dificultad de integración de lo africano en la realidad cubana “nueva”, o sea, no africana, ni española, sino mestiza, así como de debilidades intelectuales de una significativa porción de nuestros teóricos del sincretismo. Entre ellas incluyo: la falta de conocimientos históricos, antropológicos y teológicos; las deficiencias en la concepción de una síntesis genuina, que no se equipara con el sincretismo actual, pero que no ignora la raíz africana de nuestra cultura y no pretende avasallarla, sino por el contrario promover sus genuinos valores, integrados en el tronco hispano determinante de nuestra identidad. Una cosa es conocer, respetar y apreciar con discernimiento crítico el componente africano de nuestra cultura y otra es promover irresponsablemente, sin mirada larga, su exclusivización en el plano religioso y en el cultural. Como una cosa es respetar la identidad de la cultura de los aborígenes en el Continente y otra sería la restauración de los sacrificios humanos de los mayas, los aztecas o los incas.

15.- Recuperando el hilo histórico, me parece que despacio, paso a paso, en el marco del laicismo republicano, y bajo un régimen de total separación entre la Iglesia y el Estado, al estilo norteamericano, instaurado por la Constitución de 1901 y mantenido por la de 1940, la Iglesia Católica llegó a ser a los ojos de los cubanos, una institución admisible, si no positiva, en la sociedad cubana. El número creciente de órdenes religiosas, de colegios católicos e instituciones católicas de diverso orden e importancia, la promoción de las vocaciones sacerdotales y religiosas cubanas y los realmente estupendos leaders laicos y movimientos de laicos (como la Acción Católica), presentes en todo el país, contribuyeron al cambio de mentalidad con relación a la Iglesia a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Podemos afirmar que, en las décadas de los cuarenta y cincuenta, los católicos cubanos teníamos la impresión de que la Iglesia Católica estaba viviendo una ola creciente de consistencia y estabilidad, a pesar de las condiciones negativas de la vida política en el país en esos años-corrupción administrativa y privada, gobierno dictatorial del General Batista, una cierta apatía social e injusticias socioeconómicas, que suelen hacerse más evidentes en períodos de crecimiento económico global, como sucedía entonces-, y a pesar de los fermentos revolucionarios urbanos y de la “guerra de guerrillas” rural que desembocaron en la instauración del actual Gobierno. En aquellos años, para una buena parte de la población, la Iglesia aparecía como una institución fiable. No era la mejor Iglesia local concebible, pero tampoco era la peor. Esta era la convicción común entre los católicos y también de muchos no católicos en las décadas de los 40 y 50.

16.- ¿Teníamos razón o estábamos equivocados? ¿Acaso teníamos lentes distorsionadores frente a nuestros ojos y, por consiguiente, nuestra percepción de la realidad no era objetiva, sino el resultado de las deformaciones creadas por nuestros deseos, más que por los hechos? ¿Acaso fue nuestra visión un embuste, una ilusión engañosa, la conversión en pseudorrealidad de lo que la Iglesia Católica había estado deseando vehementemente desde el inicio del siglo XX? Por el contrario, si nuestro análisis de la situación religiosa, especialmente de la Iglesia Católica y de la Fe cristiana, en términos generales, durante los cuarenta y los cincuenta, fue verdadero, realista, ¿cuál podría ser entonces la explicación del cambio súbito de los sesenta y de los setenta, de la ola invasora de ateísmo inducido y de las actitudes antirreligiosas de nuevo cuño de una más que significativa porción de nuestro pueblo cubano, para no decir que fue la actitud de la mayoría durante los años del mayor entusiasmo revolucionario y marxista? ¿Cómo resultó posible a las autoridades cubanas tomar las conocidas medidas antirreligiosas y anticatólicas en particular, como la nacionalización de los colegios, la expulsión de sacerdotes, la supresión de instituciones católicas y del acceso a los medios de comunicación social, la discriminación social de los laicos identificados diáfanoamente como religiosos, católicos o de otras confesiones religiosas, cristianas o no; medidas que afectaron, por consiguiente, no sólo a los mayoritarios católicos, sino también a los anglicanos, protestantes, judíos y miembros de otros movimientos religiosos? ¿Cómo resultó posible ofrecer razones, satisfactorias para muchos, con las que se deseaba legitimar la sobrepresión oficial contra la profesión de la Fe católica, la práctica de la misma y la enseñanza religiosa, sin que se presentasen reacciones significativas visibles del mismo pueblo cubano, cuya mayoría, sólo cinco años antes, se identificaba como católica? Dejo abiertas estas preguntas, sin respuesta categórica, porque para mí, en mi interior, permanecen todavía abiertas. ¿Se debió todo a una cierta fragilidad de la religiosidad y de la ética cubana, que algunos analistas señalan con frecuencia, desde el siglo XIX? ¿Se trató simplemente de simulación y ocultamiento, determinados por el miedo a la represión y por el oportunismo? Insisto: no tengo respuestas contundentes para mis preguntas, sólo hipótesis y... un amplio margen de comprensión para con el inaprensible ejercicio de la libertad y de la

responsabilidad personal, en medio de la espiral de movimientos colectivos hiperentusiastas en algunas encrucijadas de la Historia. Y los primeros años de la entonces hiperentusiasmante Revolución cubana fueron uno de esas peculiares encrucijadas en nuestra Patria. Fueron años, preciso es reconocerlo para entender tal entusiasmo, de la mayor creatividad revolucionaria en Cuba, lo que no excluye que hayan sido, consecuentemente – y también es preciso reconocerlo para entender la simulación, el miedo y la historia más reciente de nuestra Patria -, años de fuerte represión a quienes se oponían a dicha creatividad revolucionaria de filiación socialista marxista. Fue también – no lo olvidemos – la década de los 60, que en casi todo el mundo occidental acarreó una genuina revolución cultural de resultados sumamente ambiguos, todavía difíciles de valorar con justeza.

17.- Después de esos años, ha subsistido la Iglesia Católica, pero como una institución sumamente empobrecida, desprovista de muchos de los medios tradicionales que acostumbraba ejercitar y emplear para la realización de su misión en la sociedad: red de colegios católicos, organizaciones católicas de caridad y asistencia social, movimientos de laicos católicos, publicaciones, acceso a los medios masivos de comunicación, ponderosidad o peso social, cultural y político, número suficiente de sacerdotes y de religiosas, etc. Sin embargo, una cierta Fe católica-por cierto, no muy puramente católica-individual o personal, oculta, carente de vínculos visibles con la institución "Iglesia Católica", pero evidentemente conectada con algunos valores éticos católicos, permaneció como uno de los elementos integrantes de la identidad cubana. Empero, ha mantenido tal naturaleza semioculta y diluida, que, a pesar de la posibilidad de hablar de la importancia cultural y religiosa de la Iglesia Católica en Cuba, para nosotros, todavía hoy, continúa siendo imposible ofrecer números realistas exactos para identificar la proporción de católicos en la Cuba de hoy. Porque, me pregunto y pregunto, ¿cuáles son exactamente las fronteras de la Iglesia Católica, en cualquier parte, pero especialmente en países como el nuestro, en el que existen tradiciones y formas de religiosidad cruzada, es decir, religiosidad sincrética, y en el que, además, se ha simulado, durante siglos en materia de religiosidad? ¿Quién es realmente católico y quién es solamente religioso, con algunos ingredientes de catolicismo no muy bien integrados en su vida? Como regla general, yo no me atrevo a establecer fronteras muy definidas entre las diversas formas de religiosidad en Cuba. Yo prefiero desarrollar un acercamiento personal y pastoral a cada persona que se me presenta con las características propias del cruzamiento religioso o de la simulación sostenida. Podemos afirmar que, más o menos, el 3% de la población asiste a Misa con una cierta regularidad y que una proporción más amplia-probablemente hasta el 15%-viene a la Iglesia Católica de vez en cuando, para participar en celebraciones especiales, como son Navidad, Semana Santa, la fiesta de Nuestra Señora de la Caridad, etc.; podemos afirmar también que hasta el 60% de la población están bautizados en la Iglesia Católica y que, en la ciudad de La Habana, en cuyo cementerio principal existe una capilla a cargo de la Iglesia, aproximadamente el 60% de los difuntos recibe un funeral católico, solicitado por sus familiares. De acuerdo con la Oficina de Sociología Religiosa, institución estatal, no eclesiástica, la proporción de las personas que aceptan, de algún modo, la existencia de "algo trascendente", es el 86%, incluyendo en esa cifra tanto los que prestan adhesión a una Iglesia o "sistema" religioso, cuanto los creyentes "libres" o "a su modo". Sería posible también brindar el número de los que reciben los diversos sacramentos, que no es muy elevado, pero que es un número creciente, como creciente es también el número de las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. Pero la práctica religiosa, a mi entender, es un índice, pero no es la medida única del peso de una religión determinada en un pueblo.

18.- Además, con relación a las formas cruzadas de religiosidad, no se puede dejar de señalar que una proporción notable de hombres y mujeres que tradicionalmente habrían sido católicos, se han vuelto sincréticos, como consecuencia, a mi entender, tanto de la evaluación contemporánea, más bien positiva, de las tradiciones culturales africanas, como de las presiones sociales con relación a las Iglesias históricas; presiones mucho más difíciles de efectuar con relación a los grupos sincréticos. Profesar cualquiera de las formas de sincretismo, no establece necesariamente vínculos visibles estables con una persona o institución religiosa, ya que todas las formas de religiosidad sincrética son, más o menos, carismáticas y se ejercitan casi siempre sólo coyunturalmente: no son formas institucionalizadas de religiosidad. Las personas adictas a ellas se relacionan con alguien en quien perciben poderes espirituales extraordinarios y frecuentemente la relación es sólo ocasional. Debemos añadir, además, que las formas sincréticas de religiosidad, normalmente, no incluyen exigencias éticas muy dificultosas; a veces, sólo el cumplimiento de ritos externos o "promesas" con el fin de lograr algo muy concreto (amor, salud, empleo, casa, etc.) y una relación cósmica con las fuerzas de la naturaleza, como en casi todas las tradiciones africanas. En las condiciones de nuestro país en los sesenta, setenta y hasta en los ochenta, convertirse a la santería o a otra religión sincrética, fue un camino, consciente o no, de implementar sentimientos religiosos o una cierta apertura a la Trascendencia o, por lo menos, a una realidad suprahumana, sin grandes riesgos sociales. Poco a poco, en el plazo de cuarenta años, las formas sincréticas de religiosidad se convirtieron en la religión de un espectro amplio de la sociedad cubana, no solamente-como ocurría con anterioridad-de la población marginal, de muchos negros y mulatos y de personas no muy cultivadas intelectualmente. Antes de la década de los sesenta, quienes eran adictos a alguna de estas formas de religiosidad, evitaban ser identificados, pues eran "mal vistos" socialmente. Sin embargo, a pesar de los problemas culturales y pastorales creados por el número creciente de adictos a la ambigua comunidad sincrética-si es posible hablar de comunidad en este caso-, me parece-ya lo insinué- que el sincretismo ha sido, hasta ahora, paradójicamente, uno de los más efectivos caminos populares para salvaguardar algunos componentes importantes de la Fe católica, de los valores cristianos y de la adhesión efectiva a la Iglesia Católica en todos los estratos de la población cubana. Quizás, llegue a no serlo en Cuba, a largo plazo, dada la anteriormente señalada evolución sutil de las religiones sincréticas hacia realidades culturales y religiosas muy distantes o prácticamente ajenas a la Iglesia Católica. Se trata, a mi entender, de un desafío a la misión evangelizadora de la Iglesia, íntimamente relacionado con la evangelización de la cultura, y... de una apuesta al tiempo!

19.- Me doy cuenta de cuán contradictoria es la situación religiosa real de nuestro país, al punto de que la Iglesia Católica puede ser considerada como un agente cultural y, en general, socialmente influyente en la sociedad y, simultáneamente, como un factor débil de transformación o de condicionamiento de la evolución del pueblo cubano. El pueblo cubano es y no es católico. Una buena parte del pueblo cubano escucha la voz pastoral de los Obispos y admira a algunas personalidades católicas, pero la mayoría de los cubanos puede vivir sin tomar en consideración la ética católica proclamada por esas personalidades católicas con su voz y con su existencia. El pueblo cubano es religioso, pero no asume sacrificios muy costosos por causa de la religión. Estoy seguro de que se podrían añadir otras contradicciones del mismo estilo.

20.- Sin duda que es posible, al mismo tiempo, señalar un buen número de cubanos católicos de la más auténtica y válida tradición, pero son solamente una minoría y resulta muy importante que los responsables de la vida cotidiana de la Iglesia no olvidemos esta realidad tan desagradable. Pero resulta muy importante también, a mi entender, no olvidar la siguiente consideración: si

permanecemos en el dominio de las estadísticas de la práctica dominical, es cierto que la Iglesia Católica es sólo una minoría; sin embargo, me parece que la realidad de la Iglesia, su fortaleza espiritual y su influencia social, no deberían ser enmarcadas en dimensiones o cantidades medidas por tales estadísticas, ya que ella llega y toca la existencia humana de ámbitos mucho más amplios de la población, más allá de los números de la práctica sacramental y de la vida activa en la Iglesia.

21.- Aunque tengo la impresión de que la Iglesia Católica, al menos por el momento, es incapaz de trazar los derroteros de la vida del país, no es menos cierto que en la Cuba de hoy, la única institución no gubernamental que está presente en toda la geografía de la Isla es la Iglesia Católica. Otras iglesias cristianas y movimientos religiosos y culturales están presentes en alguna región, pero no en todo el país. Y la única institución que ha estado presente en toda la historia de Cuba es también la Iglesia Católica. Llena de contradicciones, pecados y virtudes, presencia positiva y negativa y discutida, con logros y malogros en su larga historia, pero presencia después de todo. Y haber estado siempre presente y continuar estándolo todavía y evidenciar el propósito de continuar estándolo, confiere un peso cultural y un reconocimiento y una autoridad moral muy particulares a las personas y a las instituciones que puedan presentarse con esta cualidad. Y el pueblo cubano percibe esta cualidad intransferible del catolicismo cubano y la reconoce. Si esto constituye un privilegio de la Iglesia Católica, es también una responsabilidad y un desafío, netamente religioso y cultural, en este comienzo de Milenio que se ha abierto en Cuba con un recrudescimiento de un cierto esfuerzo de ideologización marxista, a la cubana, al estilo de lo que conocimos hace algunas décadas y, al parecer, con una sutil involución en el tratamiento oficial de las cuestiones religiosas, con relación al tono que llevaba en los años más recientes. Es más que probable que se trate de una situación transitoria, insostenible, porque los años no han pasado en balde y el inicio del siglo XXI, ni en Cuba ni en el resto del mundo, tiene las mismas características de la década de los 60 en el siglo XX. En Cuba, como en el resto de nuestro mundo, el lenguaje y la lectura de la realidad han variado hasta alcanzar niveles muy cercanos a lo sustancial. A esto habría que añadir el tránsito del paradigma de la simplificación al paradigma de la complejidad. Vivimos una cierta dejación de la herencia occidental, proceso relacionado intrínsecamente con la crisis del pensamiento filosófico y la sobrestima del pensamiento pragmático. Proceso que tiene algunas ventajas y muchas desventajas en la sociedad pluralista contemporánea. En ese marco, a mi entender, no tiene mucho futuro el actual regreso cubano a la prelatara de la ideología y precisamente de la ideología marxista, tal y como se presenta en nuestro ámbito; lo cual no equivale necesariamente a renunciar a un proyecto de talante socialista para ordenar la realidad sociopolítica y económica. Pero esta transitoriedad del momento ideológico, condicionante de la política religiosa del Estado cubano, es batalladora y, según mi criterio, puede prolongarse todavía durante algunos años.

MISIÓN EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA CATÓLICA EN LA CUBA DE HOY.

22.- La Iglesia existe con la finalidad de evangelizar a todas las naciones y a todos los pueblos personalmente y como miembros de un "cuerpo", de una "familia", de un "pueblo nuevo"-y a todas las posibles situaciones humanas, hasta las fronteras de la Geografía y de la Historia ("*... hasta el final de los tiempos*", (Mt. 28, 20). La Iglesia Católica en Cuba no debe ser considerada como una excepción a esta regla. Por consiguiente, todo lo que la Iglesia asume, en principio, debería estar enmarcado dentro de: -la proclamación de la Fe por medio de las palabras y de la vida coherente; -la celebración de la Fe en la atmósfera comunitaria de la Liturgia y en la vida personal y la existencia común (tradiciones populares conectadas con la Fe católica); -el

testimonio efectivo de la Esperanza y del Amor cristianos (caridad, presencia activa en los dominios sociales, culturales y políticos, etc.) Todo ello, evidentemente, contextualizado situacionalmente, de manera adecuada, es decir, en articulación con los contenidos de la Fe y con la realidad concreta en la que ésta está llamada a encarnarse.

23.- Yo no me atrevo a afirmar que, históricamente, los responsables primarios de la vida de la Iglesia y los hombres y mujeres creyentes hayan sustentado siempre sus criterios pastorales, programas, actitudes y acciones concretas en tan evangélicas razones y fundamentos, pero tampoco es objetivo situarlos del lado de todas las causas nocivas de nuestra historia, como si todos ellos y siempre hayan sido más dóciles a Satán que al Espíritu del Señor. En la vida diaria de la Iglesia resulta posible encontrar, en todo tiempo y lugar, lo bueno y lo malo; virtudes, realizaciones, pecados y errores. Pero lo que he mencionado más arriba es la misión constitutiva recibida de lo Alto; el ideal, la referencia que, como referencia, es real; o sea, la utopía cristiana hacia la que la Iglesia debe siempre volverse, como a su trama fundamental y es la que nos presenta, precisamente, NOVO MILLENNIO INEUNTE, como punto focal de la vida de la Iglesia y la que debe iluminar nuestros intercambios de estos días.

24.- En coherencia con el panorama presentado, opino que la tarea o responsabilidad más importante para la Iglesia Católica en Cuba hoy, en la aurora del Tercer Milenio del Cristianismo, está relacionada con la evangelización de la cultura, en el más amplio y universalmente aceptado sentido de la palabra "cultura", como "modo de vivir", como conjunto de valores éticos comunes, como visión y juicio de la realidad nacional en conexión con el resto del mundo, como proyecto nacional, etc., y no sólo como el conjunto de manifestaciones más sofisticadas de la cultura (como la filosofía, la literatura, la música, la pintura, las ciencias, etc.) Estas tienen un valor enorme como signos desarrollados de las esencias más íntimas, no siempre fácilmente perceptibles, pero la cultura de un pueblo es una realidad más existencialmente abarcadora que dichas manifestaciones muy elaboradas o notables. Considero que, precisamente, es a la luz y en el marco de la evangelización de la cultura que la Iglesia asume sus diversas tareas, responsabilidades, actividades pastorales, formas de presencia social activa, etc. En su visita pastoral a Cuba, el Santo Padre habló diáfana y ampliamente sobre esta dimensión básica de la evangelización en su encuentro con el "mundo de la cultura" en el Aula Magna de la Universidad de La Habana. De hecho, la meditación del Papa estuvo articulada principalmente en torno a la personalidad y a las enseñanzas del Padre Félix Varela, a quien S.S. Juan Pablo II presentó como el mejor ejemplo de integración de la identidad nacional cubana y de la Fe cristiana y cuya herencia llega hasta la Cuba contemporánea, pasando a través de José Martí, poeta y héroe nacional, artífice de nuestra independencia política de España. Pero si en el Aula Magna de la Universidad de La Habana habló explícitamente sobre el tema, en todas las celebraciones públicas el tema estuvo presente, al menos de manera implícita, como la realidad englobante y totalizadora de la vida de la Iglesia. ¿Acaso no fue así cuando nos habló de la realidad de la familia, en la celebración de Santa Clara, cuando se dirigió a los jóvenes en Camagüey y cuando reflexionó sobre nuestra identidad nacional en Santiago de Cuba?

25.- Si existe un servicio nada despreciable que la Iglesia Católica ya está brindando al pueblo cubano y podría ser aún incrementado, éste es la redención o rescate de la capturada o casi totalmente oculta conciencia histórica de nuestro pueblo. Los cubanos jóvenes no saben muy bien quiénes son, de dónde vienen y hacia dónde deben dirigirse si realmente desean preservar dinámicamente su verdadera identidad, promoviendo un proceso de crecimiento armónico y coherente. ¿Cómo sería posible construir la futura y nueva sociedad cubana, si se ignoran las

posibilidades reales del pueblo cubano? ¿Cómo sería posible calcular las posibilidades del pueblo cubano, sin mitificarlo o, por el contrario, despreciarlo, si la mayoría de los jóvenes cubanos están deficitariamente informados acerca de su pasado y su presente y no han sido entrenados en asumir total y responsablemente el curso de la Historia de nuestra noble Nación? Me parece que el hecho de ser la única realidad institucional y carismática presente a lo largo de los cinco siglos de la historia cubana coloca a la Iglesia Católica en una posición preferencial, aunque no exclusiva, para realizar este servicio. Sin embargo, me pregunto: ¿Cómo realizarlo con un alcance amplio y efectivo, si la Iglesia por el momento carece de canales de comunicación que lleguen a todos los sectores de la población cubana y si con tanta frecuencia tropieza con serias dificultades burocráticas e ideológicas en el desarrollo de sus tareas cotidianas? Además, en el caso de que dispusiere de mayores facilidades de comunicación evangelizadora, no abundan ahora los agentes de pastoral en la Iglesia Católica en Cuba, dotados de una visión objetiva y de una actitud congregante y con una aceptación suficientemente amplia, que estén realmente capacitados para estimular semejante tarea de instrucción y reflexión, sea por medio de los medios de comunicación masiva, sea por medio de la implementación de la enseñanza de inspiración católica. Lo cual no quiere decir que la Iglesia deba renunciar a ese servicio por carecer de los agentes, sino simplemente que, entreviendo su prácticamente inevitable realización futura, aunque no inmediata, sino en el mediano o largo plazo, la debe preparar y desde ahora debe capacitar a los agentes de pastoral eventualmente solicitados, con los medios que su pobreza le permite asumir, para ser capaz de ejercer con eficacia tal responsabilidad llegado el momento oportuno. El deber de asumir esta tarea por parte de la Iglesia se nos hace tanto más urgente cuanto más evidentes nos resultan las confusiones, los palos a ciegas, las lagunas y las desorientaciones provenientes de otros sectores de nuestra sociedad.

26.- La percepción del curso de la Historia, relacionándolo con las posibilidades en el presente de edificar una sociedad cubana mejor, normalmente debería estimular el desarrollo del sentido de responsabilidad. La falta del sentido de responsabilidad es un mal lamentablemente muy extendido en la Cuba de hoy. Los sistemas de gobierno paternalista y colectivista, como ha sido el de Cuba durante muchos años, no ayudan al desarrollo del sentido de responsabilidad personal y social. A pesar de que ya se perciben cambios, la cultura cubana contemporánea continúa siendo -al menos en cierta medida-la cultura del "pichón" que mira hacia arriba con el pico abierto, esperando en el nido la comida adquirida por las aves genitoras. La más recientemente elaborada Doctrina Social de la Iglesia Católica, en diálogo con otras visiones de la sociedad y del hombre que la forma, podría ayudar a desarrollar el sentido de responsabilidad, indispensable para el bienestar de cualquier sociedad genuinamente humana. En Cuba, también en la aurora del Milenio, todos los proyectos sociales, económicos y políticos deberían estar asentados en el cambio radical de la "cultura-del-pichón-con-el-pico-abierto" a la "cultura-de-la-responsablemente-audaz-ave-adulta", capaz de volar fuera del nido buscando, con otras aves igualmente adultas, sus derechos y deberes comunes. Este sentido del protagonismo responsable de nuestra propia Historia fue también uno de los temas reiterados por el Papa al pueblo cubano, dirigido especialmente a los jóvenes.

27.- Paradójicamente, en las relaciones interpersonales, en la escena cubana, han disminuido los criterios anticlericales y las actitudes concretas anticlericales y aún antirreligiosas, que fueron tan frecuentes en Cuba, sobre todo en los círculos intelectuales y artísticos, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la década de los cuarenta y aún de los cincuenta n el siglo XX. Actualmente podemos hablar de cercanía y hasta de estimación y simpatía en sectores muy amplios del pueblo para con lo institucional católico. Por diversas razones, la presencia de la Iglesia Católica

en los círculos intelectuales y artísticos no es muy intensa, es más bien pobre, pero cuando se da, es apreciada. Por medio de este puente cultural es más que posible llegar a otros círculos, incluyendo los políticos, con el diálogo respetuoso como única arma, con el propósito de hacer presente los contenidos de la Fe y de la ética católica como ofrecimiento, no como imposición, con el fin de trabajar junto con los portadores de otras opiniones en la animación de genuinos movimientos sociales que pongan fin al marasmo que frecuentemente nos paraliza. Cada cual, evidentemente, con su propia identidad diáfana expresada, en búsqueda de un consenso o pacto social, edificado sobre la base de la racionalidad y de valores compartidos, en la línea de la solidaridad genuina, la que no excluye las diferencias aceptadas con actitud de tolerancia, también genuina. Tolerancia no equivale a indiferentismo frente a cualquier realidad, ni al aplauso de cualquier absurdo o, peor aún, de todo tipo de iniquidades y aberraciones. En Cuba, no es tarea fácil el diálogo social, sea por razones históricas, sea por condiciones personales, sea por el carácter totalizador, global, de las ideologías o filosofías sociopolíticas presentes en el País o por el fenómeno contrario, el relativismo, paralizante de consensos duraderos, también presente en el País, sea por otras razones y sinrazones propias de esta postmodernidad *sui géneris*. Me parece que, en realidad, semejante diálogo y la adquisición de su fruto, el consenso, no son fáciles en parte alguna, pero tampoco son tareas imposibles. Son exigentes, pero esto es ya otra cosa. La existencia responsable es, siempre, exigente.

28.- El ofrecimiento dialogal de una actitud ética, personal y social – o sea, de una sana antropología de inspiración cristiana y de la enseñanza social contemporánea de la Iglesia, bien contextualizadas - es, pues, uno de los servicios más importantes que la Iglesia Católica puede aportar en los presentes y en los futuros esfuerzos para recuperar los valores morales perdidos o disminuidos o, por lo menos, escondidos en nuestra Patria, cuya alma cristiana, a mi entender, está viva todavía, pero gravemente herida por situaciones que han nacido antes y durante el actual período revolucionario. Esta enfermedad tiene una larga historia, que comienza mucho antes de 1959 y en la que Cuba no tiene la exclusividad; lamentablemente, se trata de virus antiguos y compartidos, si es que no podríamos hablar ya de una cierta pandemia social; no de “locura de las vacas”, sino de las personas, lo cual, por supuesto, es mucho más grave. El servicio de este ofrecimiento ético y, en el fondo, espiritual, siempre desde la presencia real en el tejido social cubano - es decir, en el ruedo, no en la grada; toreando, no contemplando los toros desde la barrera-, requiere formación muy seria en los contenidos de lo que se ofrece y un compromiso existencial muy transparente con las actitudes espirituales y psicológicas que todo diálogo nos demanda.

29.- Fortalecer la unidad de la Nación con el propósito de llegar a ser la Casa común y familiar-"la Casa Cuba"-demanda la reconciliación progresiva entre los cubanos, que tienen distintas actitudes políticas, distinta religión y diversas biografías, de los que viven en Cuba y de los que viven en otros países. Y la reconciliación demanda perdones recíprocos y renuncia a toda forma de violencia – también de la violencia en el lenguaje - en las relaciones sociales. Este es uno de los contenidos del diálogo social apuntado anteriormente. En principio, la Iglesia Católica podría apoyar, de modo muy sustancial, a fomentar la pasión por la unidad nacional y podría asimismo predicar, de palabra y con la vida, su opción por la reconciliación nacional y el valor pluridimensional del perdón, dejando sentado de manera muy clara que cualquier forma de violencia podría destruir los remanentes de nuestra "Casa Cuba" y podría impedir la reestructuración-que es más que restauración-, para que todos podamos disponer de una "Casa Cuba" más hermosa y confortable y amplia, con un sitio para cada cubano y en la que todos los cubanos podrían ser capaces de sentirse "en casa". Los responsables y animadores de la vida de

la Iglesia Católica, con actitud de diálogo y colaboración abiertos, siempre que estos sean factibles, no deberían dejar de trabajar en esta dirección, sin identificar a la Iglesia con un partido concreto o con un movimiento político específico, pero sí identificándose a sí misma con la pasión por Cuba, con el bienestar compartido de todo el pueblo cubano, sin exclusiones, y con los valores que cualquier movimiento-sea cual sea su color-debería asumir si desea contribuir en la construcción de la "Casa".

CONCLUSIÓN.

30.- Me doy cuenta de que mis reflexiones y proposiciones son incompletas y discutibles. Incompletas, porque resulta prácticamente imposible colocar el punto final y quedar satisfechos cuando pensamos, hablamos o escribimos acerca de la cultura nacional y de la responsabilidad social de alguna persona o institución. Siempre es posible encontrar otro eslabón en la cadena interminable de las cuestiones calificadas como culturales o sociales. El tema se vuelve más complejo y sutil si la institución a la que se hace referencia es la Iglesia Católica, para la que la cultura y las "cuestiones sociales" están siempre revestidas por la exigencia evangelizadora que le nace de su propia naturaleza y que está presente, en principio, en todos los componentes de la vida, integralmente considerada. Discutibles, porque cuando pensamos, hablamos o escribimos sobre estos asuntos, estoy seguro de que caminamos riesgosamente, como el equilibrista que hace sus piruetas sin red bajo la cuerda. Son cuestiones, insisto, complejas y sutiles y nosotros mismos, los que vivimos dentro de la Isla, no vemos con claridad todos los componentes del camino inmediato. Me refiero ahora a la neblinosa transición cultural, social, política y económica de nuestro país. Ésta es la realidad de Cuba hoy, en el inicio del Tercer Milenio, y en ella debe bregar la Iglesia Católica para colaborar como uno de los protagonistas – no el único - en la transformación de nuestra sociedad actual en otra diversa, cuyos perfiles no percibimos todavía con claridad meridiana, pero que debe ser más capaz de abrirse a todos los cubanos de buena sangre y al mundo contemporáneo y de acoger efectivamente la apertura del resto del mundo contemporáneo a ella, según el *dictum* de S.S. Juan Pablo II en Cuba, que ha hecho fortuna. Pero colaborar no como una institución política que se encamina a la adquisición de cuotas de poder, sino evangelizando, o sea, buscando cómo incrementar su comunión con el Dios, Trino y Uno, el único Dios vivo y verdadero, el Dios de Jesucristo, sirviendo mejor a nuestro pueblo, insertándose más articuladamente en él.

31.- En todo caso, el alcance y la dirección de los cambios graduales o de la transición, permanece abierto. Mi opinión es que esta transición o estos cambios graduales ya han comenzado. Discreta y tímidamente, pero realmente. Algunos, gracias a la dirección de las autoridades civiles de nuestro País; otros, a pesar de la dirección de estas autoridades y gracias a la naturaleza de las circunstancias internacionales actuales y del dinamismo propio de nuestra sociedad cubana contemporánea. Ahora bien, la percepción del camino y de las metas, a mediano y largo plazo, no están siendo considerados de manera integral. En el caso de los cambios que dependen de las autoridades, el *modus operandi* no es suficientemente transparente, ni suficientemente participativo. Para quienes vivimos fuera de los círculos en los que se elaboran los pasos de los cambios y se toman las decisiones, las apariencias nos animan a pensar en gestiones contradictorias: lo que se aprueba hoy, se modifica o se prohíbe poco después; lo que hoy se presenta como prohibido y sin posibilidades, se aprueba y recomienda poco después. En el caso de los cambios que dependen de la naturaleza de diversas circunstancias, todo va sucediendo de manera un poco silvestre e imprevisible. Así no resulta difícil comprender que esta atmósfera de neblina es una de las dificultades principales con que

tropiezan la Iglesia, otras instituciones, las personas individualmente consideradas y hasta los gobiernos extranjeros, en lo que corresponde a cada cual dentro de este proceso, en el que ninguno de los actores es completamente áutico, si se trata de veras de un proceso dialogal, participativo y no impositivo, y si reconocemos que ni Cuba, ni ninguna otra Nación puede vivir sin insertarse convenientemente con el resto del mundo. Esa realidad neblinosa le vuelve a la Iglesia particularmente complicada la colaboración con las instituciones civiles, en el cumplimiento de sus responsabilidades y tareas evangelizadoras, en el terreno de la cultura y en el de la ética sociopolítica y económica.

32.- Sin embargo, a pesar de todas las dificultades, inmovilismos y hasta de las eventuales involuciones, después de la visita pastoral de Juan Pablo II, los cubanos estamos de acuerdo en afirmar nuestra convicción de que algo está sucediendo en la Isla. Y, por supuesto, algo en la dirección de la confianza y de la Esperanza. Ninguna Ley importante ha cambiado, ni en el terreno administrativo, ni en el político, ni en el estrictamente religioso gracias a la visita del Papa. Cambió la disposición sobre el carácter del día de Navidad que, a partir de 1998 ha vuelto a ser considerado “día festivo nacional”. Y esto tiene su importancia como referencia y como signo, pero no constituye un cambio sustancial en la vida cotidiana del país y ni siquiera lo es con relación al tratamiento de las cuestiones religiosas. Entonces, ¿qué ha cambiado? Me parece que ha cambiado la atmósfera con relación a lo religioso por parte del pueblo, no tanto por parte de las autoridades civiles, que continúan moviéndose en un terreno, a mi entender, ambiguo. Este cambio de atmósfera y, consecuentemente, de actitud por parte del pueblo, según mi criterio, es algo sumamente importante. Explica una mejor valoración de lo religioso y una mayor afluencia de personas a nuestros templos, católicos y de otras confesiones. Explica también, quizás, que las autoridades civiles, atrapadas por una especie del síndrome de la inmediatez, vinculado con una cierta concepción de la supervivencia a toda costa del marxismo – leninismo, desde algunos meses después de la visita de Juan Pablo II, hayan iniciado la “lucha ideológica” a la que ya he hecho referencia y que, con relación a la Iglesia, se concreta no sólo en que en los últimos años no han ocurrido cambios sustanciales positivos con relación al tratamiento de los asuntos religiosos, sino en que reaparecen dificultades, digamos “burocráticas”, en distintos sectores de la vida eclesial que teníamos ya por resueltas, como son, p. e., las trabas para el ingreso a Cuba de agentes de pastoral, una menor fluidez con relación a la comunicación recíproca, los obstáculos para la reparación de edificios eclesiásticos, las censuras a los alumnos de escuelas si asisten a clases con una cruz o una medalla religiosa en el cuello o si llevan una Biblia para su lectura personal en las becas, la reconversión de ya habituales ámbitos de diálogo abierto en “rings de boxeo”, etc.; dificultades todas que huelen a comida rancia, elaborada con aceites de los años sesenta o setenta. Algunos analistas, cubanos y extranjeros, hablan ya de una involución en las relaciones entre la Iglesia y el Estado en Cuba. Evidentemente, con relación a las autoridades, las cosas no son, ni por una parte, ni por otra, tan tensas como fueron entonces, hace cuatro, tres y dos décadas, pero la comunicación no fluye. ¿Por qué? La respuesta no es fácil. En algunos casos puede explicarse por razones personales, por “química”: hay personas que se comunican más fácilmente que otras, sean cuales sean las visiones de la vida que profesen. Creo, sin embargo, que en el fondo, lo que está en debate es lo que, según mi criterio, ha estado siempre: es una cuestión cultural o, para ser más exactos y simplificando un poco la situación, lo que sutilmente está en el fondo de nuestros diálogos e intercambios, amistosos o no tanto, son nuestras diversas visiones de la cultura y de los posibles estilos de vida individual y social y, evidentemente, la naturaleza y la orientación de las estructuras sociopolíticas que deben darles sustento, así como el desarrollo de las tareas de la Iglesia como institución y de la fe religiosa, como realidad individual, que no puede dejar de proyectarse

socialmente. Desde la segunda mitad de la década de los ochentas nos parecía que, por parte de las autoridades cubanas, habían ocurrido ciertas rectificaciones, que considerábamos definitivas, con relación a la dimensión religiosa de la cultura. El último año parece evidenciar que no han ocurrido tales rectificaciones a nivel de convicción efectiva, sino solamente a nivel de táctica o estrategia coyuntural. Deseo que se trate de un juicio erróneo, pero por el momento, es el juicio que los hechos me permiten formular.

33.- Hay zonas tangenciales en las que el acuerdo o al menos la aproximación no resulta extremadamente dificultosa, pero hay otras zonas que, por lo menos, como se presentan hasta ahora, resultan prácticamente irreconciliables. En principio, las personas siempre pueden “conciliarse”; sus posiciones, no siempre. Y las “posiciones” suelen suscitar y alimentar desconfianzas recíprocas, distanciamientos y hasta hostilidades a veces muy desagradables. Y si una o ambas partes posicionadas ostenta un poder orientado a controlar casi todos los aspectos prácticos de la existencia, no resulta difícil imaginar cuán ardua se vuelve entonces la comunicación transparente y confiada, constructiva. Me parece que aquí reside el desafío mayor de la Iglesia en Cuba hoy: en el cómo vivir la Fe y cómo esforzarnos por hacerla presente en el seno de nuestro pueblo, teniendo en cuenta la situación esbozada y guardando siempre vigente la opción por el diálogo respetuoso con todos y la decisión de crear espacios de confianza recíproca, no de sospechas y de distanciamientos. El diálogo y la confianza son formas irrenunciables de la caridad fraterna y la caridad fraterna universal es o debería ser el sello distintivo de la existencia cristiana individual y de la existencia institucional de la Iglesia, el cimiento de todas sus estrategias pastorales y el rasgo más característico de su imagen en el mundo en el que se debe encarnar con el estilo propio de Jesús. En nuestro caso, ese mundo es esta Cuba, no otra que existió antes o que no existió nunca en la realidad, sino solamente en nuestros sueños nostálgicos un poco infantilones; o que quizás exista en el futuro, pero no existe todavía: solamente podemos imaginarla como utopía buena y podemos esforzarnos por facilitar su advenimiento. Pero esta misma decisión por encaminar nuestra realidad hacia mejores horizontes, supone siempre una buena dosis de sano realismo; supone partir de donde estamos, no del lugar al que pretendemos llegar. Sin olvidar que, en el marco de la historia humana, más acá de las realidades escatológicas, siempre seremos “Iglesia militante y purgante”, no “Iglesia triunfante”.

34.- Después de haber terminado su discurso formal último, de despedida, en el Aeropuerto de La Habana, aquel memorable 25 de Enero de 1998, el Papa Juan Pablo II dijo, improvisando, con el estilo de una broma poética que, en realidad, no fue una broma: *"...Ahora ha cesado, pero después de mi visita a la Catedral de La Habana se había presentado una lluvia bastante fuerte. Me ponía la cuestión: ¿por qué en estos días, días calurosos, después de Santiago de Cuba, en donde hacía tanto calor, ahora lluvia? Podía ser un signo: los cielos cubanos lloran porque el Papa se les va, porque nos está dejando. Esto sería una hermenéutica superficial. Nosotros cantamos en la Liturgia: "Rorate coeli desuper et nubes pluant iustum" ("Rociad cielos desde lo alto y lluevan las nubes al Justo"), en el Adviento. Y esto nos ofrece una hermenéutica más profunda: esta lluvia de las últimas horas de mi permanencia en Cuba puede significar un Adviento en vuestra Historia."* Nuestro Presidente, el Dr. Fidel Castro y un número amplio de figuras significativas de nuestro Gobierno estaban de pie cerca del Papa y prestaron atención a su mensaje. Los Obispos también. La mayor parte de nuestro pueblo estaba frente a los equipos de TV; vieron y oyeron con el mismo interés y reverencia. Desde dentro del corazón más interior de nuestra Patria una antorcha, aparentemente extinguida, comenzó de nuevo a resplandecer

con luz cálida, congregante. Y esa antorcha no se ha apagado.

Mons. Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal

La Habana, 16 de Febrero de 2001.